

## **Algunas pinceladas de dos años, compartiendo vida y misión pastoral con Marcelino Legido. *Entrevista al Hermano Marista Melchor Berciano***

### **1. ¿Cuándo conoció a Marcelino Legido? ¿Qué es lo que más le impresionó de ese primer encuentro?**

El 21 de diciembre de 1978 tuvo lugar un trágico accidente de un autobús escolar en el pueblo salmantino, Muñoz, en el que fallecieron 32 personas (31 eran niños de edades comprendidas entre 6 y 14 años) y 61 heridos. Iban al Centro de Concentración Escolar de La Fuente de San Esteban. El autobús escolar fue arrollado por un tren, en un paso a nivel sin barreras.

La terrible noticia sacudió a la sociedad salmantina, un trágico accidente ferroviario que tuvo como víctimas casi exclusivamente a una generación de niños llamada a ser el futuro del Campo Charro, y que dejó una herida abierta en localidades como La Sagrada, San Muñoz, Ardonsillero, Carrascalejo de Huebra y Muñoz.

A raíz de este terrible accidente, Marcelino hizo una llamada a maestros voluntarios para que vinieran al Cubo de Don Sancho y así atender a los niños del pueblo (había unos 60 niños), a fin de que no acudieran a la Concentración Escolar de La Fuente de San Esteban. Se inició, así, una lucha por el derecho a tener maestros y escuela en el pueblo y, por tanto, en contra de las Concentraciones Escolares, que obligaban a los niños a grandes y madrugadores desplazamientos. Pero esta lucha por la escuela, merece una explicación aparte.

A esta llamada de Marcelino, acudí yo y otros 3 jóvenes que acababan de terminar su magisterio. Así comenzó mi encuentro con Marcelino, con el que tuve la suerte de vivir y compartir durante casi dos años.

### **2. Parece ser que hubo “campos de trabajo” de los Hermanos Maristas en el Cubo de Don Sancho durante varios veranos. ¿En qué consistían? ¿Qué experiencia tuvo usted de ellos? ¿Cómo era la vida en el mundo rural de entonces?**

Durante más o menos tres años antes de mi presencia en el Cubo de Don Sancho, dos o tres Hermanos Maristas dedicaron un mes del verano para vivir en el pueblo y organizar con los niños y adolescentes juegos y actividades. Al propio tiempo, apoyo a la Parroquia, en sus celebraciones, y el contacto enriquecedor con las familias.

Con mi presencia permanente en el pueblo, esta actividad se intensificó notablemente. El grupo de Novicios y Escolásticos maristas que teníamos en el ISPE de Salamanca, iban varias veces al año a acompañarme y colaborar con nuestras actividades. Organizábamos talleres, juegos, clases de apoyo escolar, excursiones (a veces en bici) a los pueblos cercanos, meriendas, etc.

Personalmente, puedo decir que viví una experiencia muy enriquecedora, que llenaba de sentido mi vida y mi vocación marista. Fueron dos años en los que (junto a los otros tres maestros) estábamos todo el día con los niños.

Fue épica nuestra *lucha por la Escuela*. Nuestro objetivo era que la Dirección Provincial enviara maestros oficiales para el pueblo. Los niños no iban a la Concentración Escolar, con lo cual había un enfrentamiento con la Dirección Provincial de Salamanca. Nosotros cuatro

estábamos dando clase (al estilo Milani, en salas que habilitábamos en la casa parroquial, pues nos negaron las aulas de la escuela y estábamos oficialmente de forma ilegal. Los niños, al no ir a la Concentración Escolar, que es lo que exigía la Delegación de Educación, estaban haciendo cursos no autorizados y, por tanto, ilegalmente. Pero, Marcelino y los padres, estaban convencidos que teníamos derecho a una escuela en el Cubo de Don Sancho, dado el gran número de niños en edad escolar, en lugar de imponer un complicado desplazamiento de los 60 niños a la Concentración Escolar de La Fuente de San Esteban, a 11 km. del pueblo.

Los maestros fuimos amenazados con hacernos un expediente; y a los padres se les amenazó con que sus hijos perderían el curso. Pero los mismos padres, a pesar de todas esas amenazas, optaron por seguir en esa lucha por la Escuela en el pueblo. Después de un año en esta situación complicada, por fin la Delegación de Educación envió, a finales del curso, un Inspector y varios profesores a examinar a los niños y, así, hacer oficial el curso que estábamos impartiendo. Posteriormente, en el siguiente mes de octubre (iniciado ya el curso en el que manteníamos la misma actitud de lucha por nuestros derechos de una Escuela), la Dirección Provincial acabó por enviar tres maestros oficiales al pueblo. La lucha por la Escuela había sido dura, pero había resultado exitosa. Hoy día, sigue funcionando la Escuela y los maestros en el Cubo de Don Sancho.

Una experiencia que me resultó muy gratificante fue la de los veranos que pasé en los dos años de mi estancia en el Cubo. Sustituía a Marcelino en las celebraciones diarias eucarísticas (solía optar por estar una semana seguida en cada uno de los pueblos que tenía a su cargo); daba clase a todos los niños y adolescentes del pueblo: Infantil, ESO y Bachillerato; y tenía un contacto intenso con las familias (me invitaban a comer, a charlar, rezábamos juntos en familia, y me daban gratuitamente cosas que necesitaba, pues yo también todo lo que hacía lo hacía totalmente gratis).

Con nosotros estaba también un seminarista de Palencia, Juanjo, (hoy, sacerdote de la diócesis palentina) enviado por el Obispo D. Nicolas Castellanos para realizar una experiencia rural de un año, al lado de Marcelino, antes de su Ordenación Sacerdotal. Con él, compartíamos la labor pastoral de Marcelino en el Cubo de Don Sancho y en los pueblos de la zona.

### **3. En los dos años que estuvo en el Cubo de Don Sancho...**

**¿Dónde vivía? ¿Convivía mucho con Marcelino? ¿Oraban en común?**

**¿Qué destacaría de la persona y la vida de Marcelino esos años?**

**¿Cómo explicaría el ejercicio del ministerio apostólico de Marcelino en la parroquia?**

En mis dos años en el Cubo de Don Sancho, vivía en la Casa Parroquial, con Juanjo (seminarista palentino) y con Andrea (de un Instituto Secular), que al jubilarse optó por el mundo rural al lado de Don Marcelino (al que conocía) y cuyo carisma era ser cocinera (ésa siguió siendo su misión con nosotros).

Éramos, en el Cubo de Don Sancho, ocho personas consagradas: Marcelino (sacerdote, centro y animador de toda la comunidad cristiana); Juanjo (seminarista palentino); Consuelo (Carmelita de la Caridad de Vedruna) que vivía con una familia del pueblo y estaba haciendo una experiencia rural de un año; tres religiosas Hermanitas de los Ancianos Desamparados, que se encargaron de atender a las personas ancianas del pueblo; y yo (Hermano Marista). Rezábamos, diariamente, juntos Laudes, Eucaristía (con el pueblo) y Vísperas (por la tarde).

Junto a los sacerdotes de la zona y dos religiosas Josefinas, que trabajaban pastoralmente en la zona, Marcelino nos convocaba mensualmente a un día de retiro y Formación Permanente, que él nos dirigía. En estas sesiones de Formación Permanente, rezábamos juntos (con la Eucaristía, por supuesto), recibíamos la formación que nos impartía Marcelino y concretábamos la pastoral conjunta que íbamos a llevar en la zona del Campo Charro.

Todo esto, enriqueció mi espiritualidad, me ayudó a dar sentido a mi misión de apóstol y sembrador de evangelio. Y descubrí una *línea de pastoral de futuro*, no solo rural, sino incluso eclesial: Una pastoral conjunta de sacerdotes, religiosos y laicos comprometidos con el evangelio. Todos “*estamos en el mismo barco*” y, como creyentes, unos y otros somos los continuadores del proyecto salvífico que el Padre quiere realizar por medio de su Hijo en favor de toda la humanidad.

Viví una experiencia que “marcó” positivamente mi vida y mi consagración religiosa.

Marcelino era, con total propiedad, un hombre de oración. La oración impregnaba toda su vida y su actividad. Una familia del pueblo (Fidela y familia) le había proporcionado un espacio donde él pasaba mucho tiempo leyendo, reflexionando, escribiendo y orando. La oración era “su alimento” diario. Se había preparado un sencillo oratorio, presidido por el Santísimo. Además de sus momentos de oración personal, su reflexión filosófica y, sobre todo, su profundización teológica las hacía desde la oración. Ese estado oracional le llevaba a vivir en la presencia de Dios y al encuentro con la persona de Jesús y con su mensaje evangélico y liberador. Cuando nos hablaba o se comunicaba con nosotros, se le notaba que lo hacía desde dos claves: desde un Dios interior que le iluminaba “desde dentro”, al que sentía Padre de todos y, en especial, de los más pobres y marginados de la sociedad; y desde el mensaje liberador de Jesús, cuya persona y mensaje eran sus “referentes”. Nos hablaba, con sus palabras y con su vida, del Reino de Dios: un mundo fraterno, donde los pequeños y los pobres debían ser los más queridos y privilegiados.

De Marcelino destacaría: *Era un hombre de Dios*, un hombre de oración, cuya referencia constante era el Plan Salvífico del Padre para toda la humanidad. *Era un profeta*, con una visión muy clara de una iglesia “pobre y comprometida con los pobres”; y con un convencimiento de la necesidad de construir una humanidad orientada preferentemente a devolver la dignidad a la gente que carecía de ella por la explotación de los poderosos. En una ocasión le oí decir que: “hasta ahora, los pobres necesitaban de la Iglesia y de las Instituciones religiosas; ahora son la Iglesia y las Instituciones religiosas las que necesitan de los pobres para encontrar su sentido y la fidelidad a su carisma”. *Era un “sembrador de evangelio”*; la única “*pasión de su vida*” era identificarse con Jesús y su mensaje liberador y poner su granito de arena para que el Reino de Dios, de los sencillos y de los pobres, se fuera haciendo realidad. Él lo intentaba en la pequeña parcela del Campo Charro que se le había confiado.

En cuanto al ministerio apostólico-pastoral de Marcelino en la parroquia del Cubo de Don Sancho, formó una pequeña comunidad cristiana muy comprometida evangélica y socialmente. Dicha comunidad cristiana se caracterizaba por compartir sus bienes (Marcelino era el primero en compartirlos; su nómina mensual recibida de la Diócesis, iba destinada enteramente a la comunidad cristiana). Con ello, se ayudaba a los que tenían problemas y a los más necesitados del pueblo. La comunidad cristiana vivía desde una espiritualidad profunda, alimentada con la oración en grupo y en familia, la eucaristía diaria y con las enseñanzas de D. Marcelino.

El testimonio y la vivencia de la comunidad cristiana daba “un tono evangélico” a todo el pueblo. La influencia y la labor de evangelización de Marcelino fue logrando en el Cubo de Don Sancho y en toda la zona del Campo Charro, paulatinamente y por asimilación progresiva y natural, un clima de comunidad cristiana renovada y convencida de su fe. Por este efecto de iglesia renovada y actualizada y, por supuesto, por la fuerte atracción de D. Marcelino por su opción por los pobres y por su propuesta de futuro para una iglesia más samaritana y más evangélica, Marcelino se convirtió (sin pretenderlo por su humildad) en un referente de renovación para la Iglesia española, en especial para la Iglesia del Duero. Todos recordamos cómo acudían a su enseñanza obispos y sacerdotes (p.ej. los muchos encuentros en Villagarcía de Campos-Valladolid).

Por otro lado, el Cubo de Don Sancho era un núcleo de encuentro y “peregrinación” de seglares, religiosos y sacerdotes, que acudían atraídos por ese nuevo estilo de vivencia

cristiana que se vivía en el pueblo, en torno a Marcelino, y para recibir la buena semilla de este “sembrador de evangelio” de nuestros días.

#### **4. ¿Qué recuerda de “la escuela de la justicia”, “la escuela de la vida”, “la escuela del evangelio”, la predicación de aquellos años? ¿Cómo era su pedagogía?**

Tuve la gran suerte de participar en esos tres movimientos de la más auténtica evangelización.

*a) Escuela de adultos por la justicia.* Una de las claves de su vivencia evangélica era la lucha por la justicia. Era “su pasión”: *Comprometido por y con la justicia.*

La zona rural por la que Marcelino había optado vivir y sembrar su semilla evangélica, era una zona de latifundio, en la que las gentes sufrían una explotación de asalariados, trabajando para los amos del latifundio y sin derecho a poseer tierras en propiedad. Desde un planteamiento evangélico, e incluso humanitario, urgía un compromiso por los derechos de estas personas del mundo rural y por liberarles de la “servidumbre” y de la “esclavitud” a las que se veían obligados a vivir. La defensa de la justicia era una necesidad sangrante en esta zona del oeste de España.

Periódicamente, solía ser semanalmente, reunía a los adultos del pueblo para plantearles cuál era su situación y cuáles eran sus derechos. Reunía a la gente en la Casa Parroquial; y con su metodología de encerado y de los sencillos dibujos con los que solía visualizar sus palabras, les ayudaba a discernir sobre sus derechos, sobre la necesidad/urgencia que tenían de luchar por una vida más digna y más humana y sobre los pasos que debían dar para conseguirlos.

Se abordaban situaciones actuales de injusticia social como: problemas de explotación, de desigualdad y de rechazo social (muy presentes en la realidad social que vivía el pueblo). En concreto, en la “escuela de la justicia” se planteaban los problemas de injusticia surgidos del latifundio que regía esa zona del Campo Charro: servilismo, explotación, situación de asalariados sin derecho a la propiedad privada, etc. También se abordaba el problema de la Lucha por la Escuela; la solidaridad de los unos para con los otros, especialmente con los más pobres; y, en época de elecciones, la necesidad de actuar según la conciencia de cada uno, y no dejarse engañar por propagandismos electorales.

“La escuela de la justicia” era un foro de diálogo y de formación social, muy apreciado y valorado por el pueblo.

Preparaba a la gente para ir al encuentro de los responsables del latifundio y urgirles a tomar medidas en pro de una justicia a la que tenían derecho. Esto, motivó frecuentes encuentros con el Rector de la Universidad, con el Obispo y con el Alcalde.

*b) “La escuela de la vida”* era un ámbito de formación infantil. Nos reuníamos en la Casa Parroquial semanalmente, preferentemente los sábados. Su objetivo era ir formando una mentalidad evangélica en los niños y adolescentes del pueblo. Abordábamos valores evangélicos como: Dios es un Padre que nos ama; Todos los hombres somos hijos de Dios y, por tanto, hermanos unos de otros; Nadie es más que nadie, por lo que denunciábamos la esclavitud de los amos con respecto a sus asalariados (tan presente en esa zona de latifundio); Todos los hombres y mujeres tenemos derecho a una dignidad como personas, por lo que denunciábamos algunas injusticias que estos niños y adolescentes conocían y podían comprender; Todos tenemos derecho a una escuela y necesitamos aprender y formarnos para que nadie se aproveche de nuestra ignorancia y nos engañe; La familia como el mayor regalo que tenemos y donde aprendemos a querernos; La solidaridad de los que más tienen respecto a los que carecen de lo necesario; etc. etc.

c) *“La escuela del evangelio”*. Jesús y su proyecto humanizador del Reino de Dios fueron, para Marcelino, su “referente” y su “horizonte”, tanto en su vida como en su misión pastoral. Creó *“la escuela del evangelio”* que abarcaba, transversalmente, toda la vida del pueblo y de la comunidad cristiana. Algunos elementos de esta formación evangélica:

+ Las breves homilias de las misas diarias y las homilias, más extensas, de los sábados y domingos, con las que diariamente alimentaba nuestra fe.

+ Las catequesis semanales a los niños y adolescentes, comentando el evangelio de la eucaristía dominical.

+ La formación que, a lo largo de todo el año, impartía a los grupos de adultos que formaban la base de la comunidad cristiana del pueblo.

+ Y la formación permanente que, mensualmente, nos daba a los sacerdotes, religiosos y religiosas, en clima de retiro.

**¿Su pedagogía?...** La pedagogía que usaba Marcelino en sus homilias y comunicación con la gente, era muy cercana y muy intuitiva. Desde su gran altura intelectual, se abajaba para adaptarse a nuestra limitada capacidad de comprensión. Para hacerse más intuitivo solía ayudarse de sus famosos muñecos, dibujos muy sencillos, pero muy significativos, que nos ayudaban notablemente a comprender perfectamente sus mensajes.

En cuanto a la pastoral rural, que hizo opción de su vida, pasó de atender únicamente al Cubo de Don Sancho a comprometerse con otros tres pueblos: Peralejos de Abajo, Peralejos de Arriba y Traguntía. Como trabajábamos pastoralmente en grupo (religiosos, sacerdotes y laicos comprometidos), Marcelino optó por ejercer su ministerio sacerdotal mediante una pastoral de presencia. A cada uno de los pueblos a los que se había comprometido a servir como pastor, les dedicaba una semana para convivir con la gente y celebrar litúrgicamente con ellos. Esa presencia pastoral le permitía conocer sus vidas, con sus problemas, angustias e ilusiones... y tratar de ofrecerles su apoyo y ayuda. Nosotros, cubríamos su ausencia, implicándonos en la pastoral de los otros pueblos.

## **5. ¿Podría hacer un balance del bagaje bíblico y teológico que descubrió en Marcelino.**

Reconozco mi incapacidad para asimilar la profundidad teológica que Marcelino tenía e intentaba transmitirnos. Por su enorme preparación filosófica y teológica, era un gran investigador y un exégeta de la Biblia y, en especial, del mensaje de San Pablo.

Reconozco que poco puedo aportar a este tema, pues no tuve la suerte de participar en sus charlas, retiros y escritos al respecto. Lo que sí puedo afirmar es que su vida y su actuación estuvieron claramente impregnadas de teología. Su vida era “teológica”. Yo le veía como un “hombre de Dios”, implicado en cuerpo y alma en la realización del Reino, en la pequeña parcela que se le había encargado. Jesús era para él, el *“rostro humano de Dios”* y el realizador del proyecto liberador del Padre. Y, como tal, era su *“referente”* de vida y de acción.

A través de sus homilias y de algunos encuentros que teníamos con él, hacía especial hincapié en el mensaje principal que los autores bíblicos nos querían transmitir, interpretando el lenguaje que empleaban y la cultura desde la que escribían. Y, siempre, intentaba que sus comentarios tuviesen un lenguaje adaptado a nuestra capacidad de comprensión; y buscaba aplicar el mensaje bíblico a la realidad personal y social que vivíamos.

A este respecto, sabemos de la amplísima y rica bibliografía de sus escritos.

## **6. ¿Qué rasgos de la “vida según el Evangelio” destacaría en Marcelino: oración, pobreza, fraternidad, servicio a los pobres...?**

Los dos años que tuve la suerte de compartir con Marcelino su vida y su misión pastoral, me ayudaron a profundizar, descubrir y afirmar mi fe y mi vocación marista de consagración.

Me enriquecieron algunos valores que marcaban su vida y su actuar, como: la necesidad de una espiritualidad motivadora y portadora de sentido a nuestra vida; la oración, el sagrario y la eucaristía, como expresiones de esa espiritualidad y alimento imprescindible que sacie nuestro hambre de coherencia y de sentido; la fe en un Dios, Padre misericordioso, caracterizado por un amor de predilección hacia los más pequeños; el evangelio y el mensaje liberador de Jesús, como referentes de nuestra vida y horizontes de nuestro actuar; la fraternidad universal por la que, como hijos de Dios, todos somos hermanos; etc. Una expresión que se me quedó grabada fue que “somos hermanos en torno a la misma mesa: la Eucaristía”.

Vivía una pobreza extrema. Era muy austero, en cuanto a ropa, comida, etc. No tenía nada propio, salvo los libros en los que, constantemente, profundizaba y le inspiraban, junto a la oración, para escribir su amplísima bibliografía teológico-bíblica. Compartió todas sus pertenencias. Vivía de su trabajo. Entendía tan a fondo la gratuidad del Evangelio, que la nómina que recibía del Obispado como Sacerdote, lo aportaba íntegro a la comunidad cristiana del pueblo. Para afrontar económicamente las necesidades propias del vivir cotidiano, echaba mano de los libros que traducía del alemán *-para la editorial Sígueme-* y de los que escribía de su propia cosecha.

Con su vida entregada gratuitamente al servicio de los demás, estimuló la gratuidad de la gente del pueblo. Recuerdo, por ejemplo, los trabajos comunitarios que propició para arreglar la calzada de entrada al pueblo, en cuyo trabajo se implicó la mayoría de la gente, tanto los hombres como las mujeres y los niños.

## **7. Por último, ¿qué destacaría de su amor a la Iglesia?**

Como presbítero, seguidor fiel de Jesús y de su mensaje liberador; como persona vitalmente comprometida con la justicia y con la defensa de los derechos de los pobres; y como creyente profundamente convencido e identificado con el proyecto humanizador del Padre... Su amor a la Iglesia es incuestionable.

Tuvo algunos desencuentros fraternos con representantes eclesiales. Y es que soñaba con una Iglesia más popular, menos jerárquica e institucional y más encarnada en la realidad del mundo de hoy.

+ *Soñaba con una Iglesia “madre”*: Una Iglesia que nos ayude a vernos como miembros de una misma familia. Una Iglesia familia de los hijos de Dios, donde todos tienen acogida y se sienten hermanos. Una Iglesia del buen pastor que acompaña, comprende, anima.

+ *Soñaba con una Iglesia “pobre”*: Una Iglesia sencilla, despojada de poder y de grandeza. Una Iglesia menos jerárquica e institucional y más humilde y servidora. Marcelino dio testimonio de esa pobreza en su estilo de vida y en su opción por los pobres.

+ *Soñaba con una Iglesia “comprometida con la causa de los pobres”*: porque son víctimas de la injusticia. Una Iglesia sensible a las nuevas formas de pobreza y que se haga defensora de la dignidad de todo ser humano denunciando las estructuras de explotación y de inhumanidad.

+ *Soñaba con una Iglesia “samaritana”*: Una Iglesia cuyas señas de identidad sean: consolar, curar y sanar. Una Iglesia movida a la misericordia por el sufrimiento del prójimo. Una Iglesia sacramento de Dios hacia una humanidad herida.

+ *Soñaba con una Iglesia “encarnada en el mundo”*: Una Iglesia presente hoy en la historia concreta de los hombres y de los pueblos. Una Iglesia signo de salvación y liberación para la humanidad.

+ *Soñaba con una Iglesia “pueblo de Dios”*: Una Iglesia que proclama la centralidad del Reino de Dios. Una Iglesia que propicia la participación activa de los laicos en su vida y misión.

*“Soñaba”... Y, en coherencia, se implicó* en hacer realidad esa Iglesia en el latifundio del Campo Charro.

Como a tantos otros que conocieron la visión y el proyecto eclesiológico de Marcelino, me atraía esta visión de “Iglesia de futuro”, con la que me sentí plenamente identificado. Esta visión de futuro de la Iglesia, una visión muy adelantada a su tiempo, planteaba una Iglesia muy encarnada en la realidad social que se vive y una Iglesia que promueve la “vuelta al auténtico Jesús de Nazaret”.

## **8. Espiritualidad encarnada y comprometida**

+ *La espiritualidad de Marcelino arrancaba de su experiencia de Dios como Padre.*

Para Marcelino Dios se mostraba como Padre de todos, en especial de los más pequeños, de los pobres; un Padre bueno y misericordioso (recuerdo su libro “Misericordia entrañable”).

Estaba convencido que cuando Dios es experimentado como bueno, cercano y compasivo con todos, nace una espiritualidad encarnada y comprometida con la fraternidad y la dignidad de la persona.

+ *Su espiritualidad estaba fundamentada en el Dios de la vida.*

Por ello, su espiritualidad se manifestaba como servicio en pro de una vida más digna y dichosa para todos, que nos posiciona siempre contra el sufrimiento, la desigualdad y la explotación de los más pobres.

Lo primero y más importante para él era que los hijos de Dios, nuestros hermanos, gozasen de una vida digna y justa.

+ *Su espiritualidad estaba orientada a desarrollar el proyecto humanizador del Padre:  
El Reino de Dios.*

Marcelino se siente llamado por Dios a promover su justicia y su misericordia. Como Jesús, “su referente de vida”, podía afirmar que su misión era: “*anunciar a los pobres la Buena Noticia y proclamar la libertad a los oprimidos*”

En resumen:

*La espiritualidad de Marcelino, como la de Jesús, estaba centrada en el Reino de Dios. Se alimentaba de un Dios que sólo busca una humanidad más justa y más feliz.*

*Su espiritualidad tenía como “horizonte” el proyecto humanizador de Jesús: contribuir a la construcción de ese mundo fraterno, que Dios “soñó” para nosotros.*